

Herman Melville

Billy Budd, marinero

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Billy Budd, Sailor*  
Traducción de José María Valverde

Primera edición: 1975  
Tercera edición: 2025

Ilustración y cubierta: Alicia Caboblanco / [www.aliciacaboblanco.com](http://www.aliciacaboblanco.com)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Salvat Editores, S. A., Barcelona, 1971  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 979-13-7009-014-2  
Depósito legal: M-6114-2025  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

*Dedicado a Jack Chase,  
inglés, dondequiera que esté ahora  
su gran corazón, aquí en la tierra  
o llegado a puerto en el Paraíso.  
Gaviero mayor de la guardia de estribor,  
brigada de proa, el año 1843, en la fragata  
norteamericana «United States».*



## Índice

11	Prefacio
13	Capítulo 1
23	Capítulo 2
29	Capítulo 3
33	Capítulo 4
37	Capítulo 5
39	Capítulo 6
42	Capítulo 7
45	Capítulo 8
51	Capítulo 9
57	Capítulo 10
59	Capítulo 11
64	Capítulo 12
66	Capítulo 13
69	Capítulo 14
72	Capítulo 15
76	Capítulo 16
80	Capítulo 17
83	Capítulo 18
87	Capítulo 19
97	Capítulo 20
103	Capítulo 21
104	Capítulo 22
121	Capítulo 23
123	Capítulo 24
126	Capítulo 25

132	Capítulo 26
135	Capítulo 27
137	Capítulo 28
142	Capítulo 29
144	Capítulo 30
146	Capítulo 31

## Prefacio

El año 1797, año de este relato, pertenece a un período que, como perciben ahora todos los pensadores, implicó para la cristiandad una crisis no superada en su importancia, entonces incomprendida, por ninguna otra época de que haya noticia. La declaración inaugural hecha por el Espíritu de la Época<sup>1</sup> implicaba la rectificación de los males hereditarios del Viejo Mundo. En Francia, hasta cierto punto, esto se logró de modo sangriento. Pero, ¿y luego qué? En seguida la propia revolución se convirtió en malhechora, más opresiva que los reyes. Con Napoleón, entronó reyes advenedizos, e inició esa prolongada agonía de guerra continua cuyo paroxismo final fue Waterloo. Durante esos años, ni el más penetrante podría haber previsto que el resultado de todo ello sería lo que al parecer ha resultado ser, a juicio de algunos pensadores: un avance político, en casi toda la línea, para los europeos.

Ahora, como se ha sugerido en otro punto, fue algún contagio del espíritu revolucionario lo que en Spithead envalentonó a los tripulantes del barco de guerra a sublevarse contra auténticos abusos de larga

---

<sup>1</sup> Aquí el autor había puesto, tachándolo después: «fue saludada por sus más nobles hombres. Hasta la seca yesca de Wordsworth se inflamó». Alude a que William Wordsworth, el poeta inglés, empezó por escribir versos de homenaje a la revolución, sintiéndose luego desengañado al sobrevenir la época del terror.

duración, y después, en el Nore, a hacer peticiones agresivas y desordenadas<sup>1</sup>: rebeldía efectiva contra algo que sólo quedó confirmado cuando los cabecillas fueron ahorcados como espectáculo admonitorio ante la flota anclada. Sin embargo, con efecto análogo al que tuvo la revolución ante el mundo entero, el Gran Motín, aunque los ingleses de entonces, naturalmente, lo consideraban monstruoso, sin duda dio la primera sugerencia latente para las más importantes reformas en la Armada británica.

---

<sup>1</sup> En 1797, en Spithead y Nore (estuario del Támesis) los marineros de varios buques de guerra ingleses se amotinaron, manteniéndose en rebeldía durante cierto tiempo; su cabecilla, Richard Parker, fue ahorcado.

## Capítulo 1

En la época anterior a los barcos de vapor, o entonces con más frecuencia que ahora, quien vagabundease por los muelles de cualquier importante puerto de mar veía requerida su atención de cuando en cuando por un grupo de marineros bronceados, tripulantes de buques de guerra o marineros mercantes, bajados a tierra con permiso en traje de fiesta. En algunos casos flanqueaban, o rodeaban totalmente, como una guardia de corps, a algún personaje superior de su propia condición, que avanzaba con ellos como Aldebarán entre las luminarias menores de su constelación. El sujeto así señalado era el «Marinero Bonito» de aquellos tiempos menos prosaicos, tanto en la flota militar como en la mercante. Sin rastro perceptible de vanagloria en él, sino más bien con la descuidada falta de afectación de la realeza de nacimiento, parecía aceptar el homenaje espontáneo de sus compañeros de barco. Me acuerdo ahora de un caso bastante notable. En Liverpool, hace cerca de medio siglo, a la sombra de la gran pared sucia que daba a la calle el Dique del Príncipe (obstáculo hace mucho tiempo eliminado), vi a un marinero raso, tan intensamente negro que por fuerza debía ser un africano nativo de la pura sangre de Cam; con una figura armoniosa muy por encima de la talla media. Los extremos de un alegre pañuelo de seda echado flojamente por el cuello bai-

laban sobre el ébano exhibido en su pecho: en sus orejas había grandes aros de oro, y un gorro escocés con una cinta de tartán remataba su bien formada cabeza.

Era un cálido mediodía de julio, y su cara, reluciente de sudor, refulgía de bárbaro buen humor. Con joviales salidas a izquierda y derecha, haciendo refulgir a la vista sus blancos dientes, avanzaba juguetón, como centro de su grupo de marineros. Éstos se componían de tal variedad de tribus y colores que les hubiera hecho adecuados para que Anacarsis Cloutz<sup>1</sup> los presentara ante la tribuna de la primera Asamblea francesa como representantes de la raza humana. A cada tributo espontáneo que los transeúntes rendían a esa pagoda negra de hombre –el tributo de una detención y una mirada, y, con menos frecuencia, una exclamación–, el abigarrado cortejo mostraba tener, en quien lo provocaba, esa suerte de orgullo que sin duda mostraban los sacerdotes asirios por su gran Toro esculpido cuando se postraban los fieles.

Volviendo al asunto:

Aunque en algunos casos fuera un poco un Murat<sup>2</sup> náutico al lucir su persona en tierra firme, el «Marinero Bonito» de aquellos tiempos no mostraba nada de ese dandi «Billy-Al-Infierno», divertido personaje hoy casi extinguido, pero que todavía se encuentra a veces, y en algún aspecto es aún más divertido que el original, en el timón de los barcos del tempestuoso ca-

---

<sup>1</sup> El barón prusiano Jean-Baptiste Cloutz (1755-1794) se cambió el nombre por «Anacarsis» y, titulándose «Orador de la raza humana», apareció ante la Asamblea Legislativa revolucionaria de 1792 con un grupo de representantes de diversos países.

<sup>2</sup> El general napoleónico, luego rey de Nápoles: aquí como modelo de elegancia.

nal del Erie, o, más frecuentemente, fanfarroneando en los tabernuchos junto al camino de sirga. Infaliblemente un experto en su peligroso oficio, también era más o menos poderoso pugilista y luchador. Era la fuerza y la belleza. Se cantaban relatos de sus proezas. En tierra, era el campeón; en la mar, el portavoz; en cualquier ocasión apropiada, siempre el primero. Tomando rizos a las gavias, en una galerna, allí estaba, a caballo del penol a barlovento, con el pie en el marchapié como estribo<sup>1</sup>, y ambas manos sujetándose al «pendiente» o empuñadura, como a una brida, en actitud muy semejante a la del joven Alejandro domando al feroz Bucéfalo: soberbia figura, lanzada a lo alto, como por los cuernos de Taurus, contra el cielo tormentoso, con jubiloso saludo a la peligrosa hilera a lo largo de la percha.

La condición moral rara vez dejaba de estar de acuerdo con la figura física. Desde luego, de no ir en armonía con aquélla, la belleza y la fuerza, siempre atractivas en conjunción masculina, difícilmente habrían atraído la suerte de sincero homenaje que el «Marinero Bonito», en ciertos casos, recibía de sus compañeros menos agraciados.

Una estrella semejante, al menos en aspecto, y algo de ello también en naturaleza, aunque con importantes variantes que se echarán de ver en el transcurso del relato, era el garzo Billy Budd, o Baby Budd, como se le llegó a llamar al fin en circunstancias que luego se indicarán; de veintidós años de edad, gaviero de proa en la Armada británica, hacia finales de la última década del siglo XVIII. No mucho antes de la época del

---

<sup>1</sup> Se pierde el juego de palabras: en inglés es *Flemish horse* («caballo flamenco»), en vez de «marchapié».

relato subsiguiente, había entrado a servir al rey, habiendo pasado, en el Mediterráneo, de un barco mercante inglés que regresaba al puerto a un setenta-y-cuatro-cañones en viaje de salida, la nave de su majestad *Indómito*, barco que, como no era raro en aquellos días de premura, se había visto obligado a hacerse a la mar con menos de su número adecuado de hombres. Inmediatamente cayó sobre Billy, a primera vista y aún en el portalón, el teniente Ratcliffe, oficial de reclutamiento, antes de que la tripulación del mercante se dispusiera formalmente a la revista en cubierta, para su inspección detenida. Y sólo a él eligió. Pues bien fuera porque los demás hombres que se alinearon ante él quedarán en desventaja al lado de Billy, o bien fuera porque tuviera escrúpulos al ver que el barco mercante estaba más bien escaso de hombres, el hecho fue, de todos modos, que el oficial se contentó con su primera elección espontánea. Con sorpresa de la tripulación del barco, aunque con gran satisfacción del teniente, Billy no puso reparos. Claro que cualquier reparo hubiera sido tan ocioso como la protesta de un canario encerrado en una jaula.

Notando su asentimiento sin quejas, casi jubiloso, diríamos, los compañeros lanzaron al marinero una sorprendida mirada de reproche silencioso. El capitán era uno de esos dignos mortales que se encuentran en todos los oficios, aun los más humildes; esa clase de persona a quien todos están de acuerdo en llamar «un hombre respetable». Y –cosa no tan extraña de señalar como podría parecer–, aunque arador de las agitadas aguas, luchando toda la vida con los intratables elementos, no había nada que ese ánimo honrado amase tanto en el fondo de su corazón como la calma

sencilla y la tranquilidad. Por lo demás, andaba por los cincuenta, un poco inclinado a la corpulencia, con cara atractiva, sin patillas, y de color agradable: un rostro más bien lleno, humano y comprensivo en su expresión. En un día claro, con viento propicio y todo en su sitio, cierta vibración musical de su voz parecía ser el auténtico rebose libre de la intimidad de ese hombre. Tenía mucha prudencia, mucha meticulosidad, y había ocasiones en que esas virtudes eran para él causa de excesiva inquietud.

En una travesía, mientras su embarcación estuviera próxima a tierra, no había sueño para el capitán Graveling. Tomaba muy a pecho ciertas serias responsabilidades que no toman tan en serio otros capitanes.

Entonces, mientras Billy Budd bajaba al castillo de proa a reunir su hatillo, el teniente del *Indómito*, rudo y tosco, en absoluto nada desconcertado porque el capitán Graveling hubiera dejado de ofrecerle las acostumbradas hospitalidades en una ocasión tan ingrata para él, se invitó a sí mismo, sin ceremonias, a bajar a la cabina y asimismo a sacar un frasco del armario de las bebidas, receptáculo que su ojo experto descubrió al instante. En realidad, era uno de esos lobos marinos en quienes toda la dureza y el peligro de la vida naval, en las grandes y prolongadas guerras de su época, nunca habían perjudicado al instinto natural de disfrute sensible. Cumplía siempre su deber fielmente, pero el deber es a veces una obligación seca, y le gustaba regar su aridez, siempre que fuera posible, con una fertilizadora poción de linfas de muchos grados. Al propietario de la cabina no le quedó sino desempeñar el papel de anfitrión a la fuerza con toda la gracia y animación que fuera posible. Como añadidos nece-

sarios a la botella, puso ante el irreprimible invitado un vaso y un jarro de agua. Pero, excusándose de acompañarle entonces, observó lúgubrementes cómo el oficial, nada cohibido, diluía un poco el brebaje con minuciosidad, echándose luego dentro en tres sorbos y apartando el vaso vacío, aunque no tan lejos que quedara fuera de fácil alcance, a la vez que se arrellanaba en su asiento y se relamía los labios con gran satisfacción, mirando cara a cara al anfitrión.

Terminados estos asuntos, el capitán rompió el silencio, y en el tono de su voz había un triste reproche:

—Teniente, se me va a llevar mi mejor hombre, la joya de todos.

—Sí, ya lo sé —contestó el otro, volviendo a acercar inmediatamente el vaso, como preliminar para llenarlo otra vez—: Sí, ya lo sé. Lo lamento.

—Perdone, pero no me entiende, teniente. Mire aquí. Antes de embarcar a ese joven, mi castillo de proa era un avispero de peleas. Fueron tiempos negros, le digo, a bordo de mi *Derechos*<sup>1</sup>. Yo estaba tan preocupado que ni la pipa me consolaba. Pero llegó Billy, y fue como un cura católico que predique paz en una pelea de irlandeses. No es que les predicara ni hiciera nada especial, pero de él salía una virtud que endulzaba a los agriados. Se pegaron a él como tábanos a la miel: todos, menos el más duro de la pandilla, ese hombretón hirsuto de patillas de rojo fuego. Quizá por envidia al recién llegado, y creyendo que «un tipo tan dulce y agradable», como le llamaba ante los demás en burla, difícilmente tendría el valor de un gallo de pelea, no pudo menos de agitarse para inten-

---

<sup>1</sup> Luego se verá que el nombre completo es *Derechos del Hombre*.

tar armar una gran pelea con él. Billy le aguantaba y razonaba con él de modo agradable (se parece un poco a mí, teniente, que tengo odio a todo lo que sean peleas), pero nada sirvió. Así, un día, en el segundo cuartillo de guardia, el Patillas Rojas, en presencia de los demás, con excusa de enseñar a Billy por dónde se corta un filete de solomillo (porque ese tipo ha sido antes carnicero), le molestó dándole una metida bajo las costillas. Rápido como el rayo, Billy disparó el brazo. Me atrevo a decir que nunca pensaba hacer tanto como hizo, pero, de cualquier modo, le dio a aquel grosero idiota un golpe terrible. Todo fue en medio minuto, diría yo. Y, por todos los cielos, aquel lobo se quedó asombrado de su rapidez. Y ¿lo creerá, teniente?, ahora el Patillas Rojas quiere de veras a Billy; le quiere o es el mayor hipócrita de que jamás he oído hablar. Pero todos le quieren. Algunos le lavan la ropa, le remiendan sus viejos pantalones; el carpintero, en sus ratos libres, le está haciendo un bonito cofre con cajones. Cualquiera está dispuesto a hacer cualquier cosa por Billy Budd; y así estamos aquí como una familia feliz. Pero ahora, teniente, si se va ese muchacho...: sé lo que pasará a bordo del *Derechos*. Muy pronto, ya no podré, subiendo después de comer, apoyarme en el cabrestante a fumar en paz una pipa... no, no, muy pronto ya no podré, me parece. Sí, teniente, se me va a llevar la joya de todos: ¡me va a quitar mi pacificador!

Y con eso, el buen hombre tuvo realmente mucho trabajo para contener un sollozo que le subía.

—Bueno —dijo el oficial, que había escuchado todo esto con divertido interés, y ahora se empezaba a poner alegre con los sorbos—: bueno, ¡bienaventurados

los pacíficos, y sobre todo los pacíficos que pelean! Así son las setenta y cuatro bellezas, algunas de las cuales ve usted asomando la nariz por las portas de aquel barco de guerra que está allí al paio esperándome. –Y señaló por el tragaluz de la cabina al *Indómito*–. Pero, ¡ánimo!, no ponga esa cara tan abatida, hombre. Vaya, le garantizo por adelantado la aprobación real. Descanse en la seguridad de que a su majestad le encantará saber que, en unos tiempos en que los marineros no buscan su duro servicio con tanta avidez como debería ser; en unos tiempos, también, en que algunos capitanes se ofenden en su interior si se les toma prestado un marinero o dos para el servicio; su majestad, digo, se alegrará de saber que por lo menos un capitán de barco entrega jubilosamente la flor de su rebaño, un marinero que, con la misma ecuanimidad, no pone reparos. Pero ¿dónde está mi belleza? Ah –mirando por la puerta abierta de la cabina–: ahí viene, y, por Júpiter... arrastrando consigo el cofre... ¡Apolo con su equipaje! Eh, muchacho –acercándose a él–, no puedes llevar esa caja tan grande a bordo de un buque de guerra. Allí las cajas son en su mayoría cajas de municiones. Mete tus trapos en un saco, muchacho. Botas y silla para el de caballería; saco y hama para el marino de guerra.

Se hizo el traslado del cofre al saco. Y, después de hacer bajar a su hombre al bote, y de seguirle allí, el teniente se alejó del *Derechos del Hombre*. Ése era el nombre del barco mercante, aunque su capitán y tripulantes lo abreviaban, al estilo marinero, como *El Derechos*. Su terco propietario de Dundee era un intenso admirador de Thomas Paine, cuyo libro en réplica a las acusaciones de Burke contra la Revolución fran-

cesa<sup>1</sup> se había publicado ya hacía algún tiempo y había llegado a todas partes. Al bautizar a su barco conforme al título del volumen de Paine, el hombre de Dundee era algo como aquel armador, coetáneo suyo, Stephen Girard, de Filadelfia, que mostró sus simpatías hacia su propio país natal, y sus filósofos liberales, dando a sus barcos los nombres de *Voltaire*, *Diderot*, etc.

Pero ahora, cuando el bote pasaba bajo la popa del barco mercante, y el oficial y los remeros notaban –unos con acritud y otros con una sonrisa– el nombre allí ostentado, fue entonces cuando el nuevo recluta se puso en pie de un salto en la proa, donde el patrón le había mandado sentarse, y, agitando su sombrero hacia sus silenciosos compañeros que le miraban tristemente desde el coronamiento de popa, lanzó un cordial adiós a los muchachos.

Luego, como haciendo un saludo al propio barco, gritó:

–¡Y también adiós, *Derechos del Hombre!*

–¡Siéntate! –rugió el teniente, asumiendo al momento todo el rigor de su rango, aunque reprimiendo difícilmente una sonrisa.

Desde luego, el acto de Billy era un terrible quebrantamiento del decoro naval. Pero no le habían instruido en ese decoro: en atención a lo cual, el teniente no habría sido tan enérgico en su reprimenda de no ser por el adiós final al barco. Éste más bien lo entendió como una broma oculta por parte del nuevo recluta, y una maliciosa alusión al reclutamiento en general y al suyo en especial. Y sin embargo, más probablemente, si era sátira en efecto, es casi seguro que

---

<sup>1</sup> *The Rights of Man* [Los Derechos del Hombre] (1791), obra de Thomas Paine (1737-1809).

no sería con intención, pues Billy, aunque dotado felizmente de la alegría de la buena salud y el corazón libre, no era en absoluto de temperamento satírico. Le faltaban igualmente para ello la voluntad y la siniestra destreza. Enredar con dobles sentidos e insinuaciones era por completo extraño a su naturaleza.

En cuanto a su forzado alistamiento, parecía tomarlo poco más o menos como solía tomar cualquier vicisitud del tiempo. Como los animales, aun no siendo filósofo, era un fatalista sin saberlo. Y quizá más bien le gustaba aquel giro aventurero de sus asuntos, que prometía introducción a nuevas escenas y emociones marciales.

A bordo del *Indómito*, nuestro marinero mercante fue en seguida considerado como un navegante capaz, y asignado a la guardia de estribor, brigada de proa. Pronto estuvo como en su casa en este servicio, y se hizo grato por su buen aspecto sin pretensiones y una especie de aire cordial de buen humor. No había hombre más alegre en su rancho: en marcado contraste con ciertos individuos, que, como él mismo, pertenecían a la parte alistada de la tripulación del buque, pues éstos, cuando no estaban ocupados activamente, y a veces sobre todo en el segundo cuartillo de guardia, cuando el acercamiento del amanecer induce al ensueño, solían caer en un humor triste que tenía mucho de hosquedad. Pero no eran tan jóvenes como nuestro gaviero, y no pocos de ellos debían de haber conocido otra clase de hogar; otros quizá habrían dejado, con sobrada probabilidad, mujeres e hijos, en circunstancias inciertas, y casi todos deberían contar con casa y parentela, mientras que Billy, como pronto se verá, tenía su familia entera invertida en sí mismo.

## Capítulo 2

Aunque nuestro flamante gaviero fue bien recibido en la cofa y en las baterías de cañones, no fue apenas aquella estrella que había sido antes entre las tripulaciones de los modestos barcos mercantes, las únicas con que hasta entonces se había mezclado.

Era joven, y a pesar de su figura bien desarrollada, tenía un aspecto aún más joven de lo que era realmente, debido a una expresión adolescente que se demoraba en su rostro aún liso, casi femenino en pureza de color natural, pero donde, gracias a sus viajes por mar, el color de lirio había desaparecido por completo y al rosa le costaba mucho trabajo hacerse visible en su rubor a través del curtido.

A alguien tan esencialmente novel en las complejidades de la vida práctica la abrupta transición desde su anterior esfera más sencilla al más amplio y más experto mundo de un gran barco de guerra podría muy bien haberle abrumado si hubiera habido alguna vanidad u orgullo en su manera de ser. Entre su mezclada multitud, el *Indómito* presentaba algunos individuos que, aunque inferiores en grado, no eran de cuño natural ordinario, marineros más señaladamente moldeados por ese aire que la continua disciplina marcial y la repetida entrada en batalla pueden comunicar, en cierto grado, aun al hombre medio. En cuanto al «Marinero Bonito», la posición de Billy Budd a bordo del setenta-y-

cuatro-cañones era algo análoga a la de una belleza rústica trasplantada de la provincia y puesta en competición con las aristocráticas damas de la corte. Pero él apenas notó el cambio de circunstancias. Igualmente dejó de observar que había en él algo que provocaba una sonrisa ambigua en una o dos caras más hostiles entre los hombres de chaquetón azul. Y, del mismo modo, no advirtió el peculiar efecto favorable que tenían su persona y actitud entre los caballeros más inteligentes del alcázar de popa. No podría haber sido de otro modo: fundido en el molde peculiar de los más hermosos ejemplos físicos de esos ingleses en quienes la vena sajona no parece en absoluto participar de ninguna mezcla normanda ni de otra clase, mostraba en su rostro ese aire humano de buena naturaleza reposada que los escultores griegos dieron en algunos casos a su heroico hombre fuerte, Hércules. Pero esto, a su vez, estaba sutilmente modificado por otra cualidad penetrante: la oreja, pequeña y bien formada, el arco del pie, la curva de la boca y la nariz, e incluso la endurecida mano, teñida hasta alcanzar el anaranjado oscuro del pico del tucán, una mano que hablaba a la vez de las drizas y del cubo de brea; pero, sobre todo, algo en su móvil expresión, y en cualquier actitud y movimiento ocasional, hacía pensar en una madre eminentemente favorecida por el Amor y las Gracias; todo ello indicaba extrañamente un linaje en directa contradicción con su suerte. El misterio que había ahí se hizo menos misterioso por un dato obtenido cuando Billy, en el cabrestante, se alineó formalmente para entrar en el servicio.

Al preguntarle el oficial, un caballerito vivaz, entre otras preguntas ocasionales, su lugar de nacimiento, él contestó:

–Perdón, no sé.

–¿No sabes dónde has nacido? ¿Quién fue tu padre?

–Dios sabe.

Impresionado por la directa sencillez de estas respuestas, el oficial preguntó después:

–¿Sabes algo sobre tus principios?

–No, señor. Pero he oído decir que me encontraron en un bonito cesto, forrado de seda, una mañana, colgado del aldabón, a la puerta de un buen hombre de Bristol.

–¿Te encontraron? Bueno –echando atrás la cabeza, y mirando de arriba abajo al nuevo recluta–: bueno, resulta que fue un encuentro bastante bueno. Espero que encuentren más como tú, muchacho: a la marina le hacen mucha falta.

Sí, Billy Budd era un expósito, un bastardo al parecer, y, evidentemente, nada innoble. Su noble origen era tan evidente en él como en un caballo de pura sangre.

Por lo demás, aun con poca o ninguna agudeza de facultades ni resto alguno de la sabiduría de la serpiente, y sin ser tampoco una paloma, poseía esa especie y grado de inteligencia que va unida a la rectitud extraordinaria de una sana criatura humana, alguien a quien todavía no se le ha ofrecido la discutible manzana del conocimiento. Era analfabeto; no sabía leer, pero sabía cantar, y, como el analfabeto ruiseñor, a veces era el compositor de su propio canto.

Conciencia de sí mismo parecía tener poca o ninguna, o cuanta podemos atribuir razonablemente a un perro de San Bernardo.

Viviendo habitualmente entre los elementos y sabiendo poco más de la tierra que en cuanto orilla, o